

El “boom latinoamericano” o las tres décadas que nos reconfiguraron

Marcas de una estrategia argumentativa en un momento único de Hispanoamérica

Daniel Mazzone

Introducción – un texto ejemplar

Con el foco en las tres décadas de 1939 a 1969, Emir Rodríguez Monegal descubrió y expuso descriptivamente las convergencias discursivas que hicieron de aquel un momento único de la historia regional. La confluencia de estrategias editoriales y factores geopolíticos disruptivos enmarcaron, en ese pasado reciente, el surgimiento inesperado de una nueva generación de lectores que irrumpía en la escena con potencia innovadora. Si fue sorprendente lo ocurrido, lo fue aún más la explicación: esa visibilización de lo hispanoamericano basada en una portentosa síntesis, y en una fundamentación capaz de integrar factores dicotómicos que solo un método verdaderamente neutral puede reunir en un análisis.

Las 11 páginas y casi 30.000 caracteres tituladas con escueta sobriedad “Notas sobre (hacia) el boom”,¹ se prestan idealmente para abordar la cocina metodológica de un creador impar. Si toda discursividad deja marcas en su trazado enunciativo, el ninguneo de Emir, sugerido según la perversa y primitiva práctica del rumor, como agente de la CIA, también ha dejado las suyas, y debe consignarse como el corolario de un prolongado y sostenido ataque en su contra, inconcebible sino como consecuencia del desarrollo de un discurso incontrolable, que enfrentó y superó controles menos ostensibles. Es obvio que un discurso que no molesta ni interpela o altera el orden existente, tampoco provocará reacciones desproporcionadas. Y toda desproporción discursiva invita a investigar. Las asimetrías suelen explicar lo inexplicado.



1 Ayacucho, Venezuela, “Notas sobre (hacia) el boom”, *Obra Selecta*, 109.

Esa será la hipótesis de este trabajo: la de que el método de Emir –algo que procuraré desentrañar y describir– desbarató a tal punto las estrategias discursivas que intentaron oponérsele, que no les quedó a sus adversarios, otra alternativa que ensayar su aislamiento, obstaculizando el vínculo con sus lectores, sus alumnos, su comunidad de origen.

De sobra se conoce la fuente que activó la jauría de actores menores para ralentizar su contacto con públicos mayoritarios, establecer ese *delay* que es el triunfo mayor al que aspira toda mediocridad: que los grandes sean lo más póstumos posibles. De modo que si sabidas son las fuentes y los obvios emisarios que asumieron el triste y aburrido papel de subordinar sus respectivas obras a la improbable tarea de entorpecer el itinerario de Emir, no ha sido puesto de relieve, sin embargo, el móvil, el porqué del intenso movimiento que intentó transformar una obra en un caso.

Quizá sea oportuno explorar y describir qué imponía Emir, a qué le temían, qué de su discurso les resultaba intolerable, explosivo, inmanejable, qué de ese método por el que se sentían tan interpelados, al punto de desbordar y paralizar su capacidad argumentativa, terminaba dejándolos sin habla ni defensa posible, como si se tratara de un discurso extraplanetario cuyo sentido se les escapaba. Ese es entonces, el objetivo de este artículo, desentrañar ese método, observarlo en acción.



Las marcas del discurso

Ir hacia atrás en ese trazado discursivo parece ser el camino adecuado para entender qué sacó de tono a los comisarios de lo pensable. De modo que vayamos hacia atrás en busca de las marcas informativas. ¿Hacia atrás desde cuándo? ¿Hacia el pasado desde qué punto? Por ejemplo, desde su última conferencia. Esa que tan cálidamente evoca su gran amiga, Lisa Block de Behar:

Todo Montevideo estaba presente en la Sala Vaz Ferreira de la Biblioteca Nacional, donde el 5 de noviembre de 1985 dio su última conferencia: “Borges/De Man/Derrida/Bloom: la desconstrucción *avant et après la lettre*” [...] amigos, colegas, quienes habían sido sus discípulos, sus lectores, sus adversarios, periodistas de distintos medios, quienes lo conocían, quienes nunca lo habían visto pero igualmente lo conocían, una multitud de jóvenes estudiantes, colmaban las instalaciones hasta los pasillos. ¿Cómo sabían de Emir en un país, el suyo, donde no se lo nombraba? [...] Se había ido diez años antes y volvía “desprovisto de documentación uruguaya, censurado por los acosos de la dictadura contra la que se pronunció más de una vez, silenciado por los dogmatismos de una oposición más rival que partidaria...”²

2 Block de Behar, L., “Prólogo”, Ayacucho, Venezuela, *Obra Selecta*, ERM, 2003, XV.

Cuánta síntesis para circunscribir el “caso Emir”. Sí, definitivamente, su última conferencia, dictada precisamente en Montevideo, es una adecuada cabecera del imaginario puente hacia el artículo de 1972 e iniciar la revisión explicativa que ilustre la respuesta a la pregunta sobre el núcleo de Emir que era capaz de provocar la ira comisarial.

Ya sabemos, a través de la breve descripción-diagnóstico transcrita, que en este, su país, no se lo nombraba, pero concitaba toda la atención. Nuevas asimetrías. Veamos.

Marcas 1 y 2: “Se necesita una actitud distinta”

Por diversas razones –la brevedad es una de ellas– su “Notas sobre (hacia) el *boom*”,³ es un texto que se adapta a los fines de una observación que pretende discutir la metodología de análisis. El artículo revela poder de síntesis y comprensión geopolítica del momento; así como una aguda ubicación en la historicidad occidental, para contextualizar el *boom* en trama latinoamericana de 1940 a 1970 en apenas 29.300 caracteres.⁴

“Para discutir el *boom* en serio, se necesita una actitud distinta”, comienza diciendo en el segundo párrafo. ¿Distinta a qué? ¿A la actitud de quién? ¿De quiénes? Ya había señalado en el primer párrafo que “todos hablan del boom”; algunos para subrayar el rechazo; “otros para inventarse un *boom* propio, más fácil de administrar entre amigos. La realidad y la oposición no importan. Lo que importa es que todos están pendientes de él, hasta cuando fingen mirar para otro lado”.

Ahí aparece una **primera marca**: decir algo en serio. Cuando la mayoría parece hablar por hablar, se anuncia que la vara subirá algunas pulgadas. Y de inmediato, con nitidez taxativa, describe la fauna de los que habitualmente carecen de esa “actitud distinta”: “absténganse los críticos puristas, los que se desligan de todo contacto con fenómenos que emitan algún aroma “comercial”. También absténganse los conocidos clubes de amigos, los endógenos habituados a la reciprocidad de las citas. Absténganse, en definitiva, los que solo hablan por hablar, los que no suelen aspirar a decir algo en serio.

Veamos entonces las reglas del método. Lo primero que debe hacerse es ver “cuáles son sus orígenes reales”. Luego “qué desarrollo, o desarrollos ha tenido y qué intereses (nacionales e internacionales) ha puesto en juego. Finalmente, qué base hay, si la hay, para decretar ya, ahora mismo, sin perder un minuto, su defunción”.

3 Revista *Plural*, México, enero de 1972.

4 *ERM, Obra selecta*.

He aquí una **segunda marca**: la interrogación propia. Cuando alguien se formula preguntas originales, suele funcionar con categorías originales, lejos del seguidismo de catálogos ajenos o de taxonomías forzadas, pensadas para otros escenarios. Las preguntas genuinas suelen ser potentes y apropiadas al fenómeno en estudio y a la escena observada.

No abundan los autores que se caractericen por sus preguntas. Más bien la mayoría se perfila por sus afirmaciones, cuyo origen muchas veces se desconoce. La principal función de las interrogantes es la de ordenar el desarrollo argumentativo e implican un signo de respeto por los destinatarios, ya que las preguntas, como puntos de partida que son, exhiben los alcances y aspiraciones del articulista, el punto máximo al que pretende llevar a su texto.

Emir le advierte al lector que solo se propondrá "trazar algunas grandes líneas y situar el fenómeno del *boom* en el contexto de la literatura latinoamericana contemporánea. Es la única manera de empezar".

Obsérvese que el título ("Notas sobre el *boom*") y la enunciación de la propuesta rezuman restricciones, ponderación, rigor y precisión. Me detendré una vez más en la frase previa al primer subtítulo: "Es la única manera de empezar". O sea, no hay otra forma que la de relevar datos empíricos, hechos concretos, registro de los cambios.



Marcas 3 y 4: una nueva generación de lectores

Es la **tercera marca** que dejaré registrada; no solo la de otorgar máxima relevancia a los datos empíricos, sino, sobre todo, la de no jugar con ellos –algo muy al uso en los análisis culturales e incluso historiográficos de la región– acomodándolos a los prejuicios del autor. Toda la obra de Emir insta a superar el macaneo, la verborrea incontinente que parece decir cosas, cuando solo son ocurrencias de desplazamiento horizontal que ocultan su vacío enunciativo.

Tras un planteo introductorio de apenas 22 líneas, ya desde el subtítulo empiezan las respuestas a la primera pregunta: en los orígenes del *boom* hay "una generación de lectores". Toda una definición que por sí sola no bastaría si no condujera a su vez, a otras, que amplían el marco lo suficiente como para introducir los componentes que permiten la comprensión constitutiva de ese primer factor de apoyo a su fundamentación del *boom*.

Afirmar en 1972 que los lectores de 1939 eran gravitantes, implicaba desafiar a la extendida opinión de la crítica, que hasta entonces consideraba que a los autores se los generaba desde lo alto, desde las elites que criticaban, promovían y premiaban. Incluso había quienes sugerían que una de las claves

era pasar por París para llegar al Nobel y lo sustentaban en que dos Nobel de literatura de la época habían sido atribuidos por haber sido sus destinatarios embajadores en París: Miguel Ángel Asturias (1965) y Pablo Neruda (1971). Como para no dejar hilos sueltos, Emir dedica dos líneas a establecer lo obvio, que tanto Asturias como Neruda tenían obra tan suficiente “como la de Sholojov, Pontopiddan, Echegaray para recordar algunos de los más ilustres laureados por la Academia Sueca”.

Y para evidenciar su desdén por este tipo de puntos de vista, cierra el comentario con un lacónico “pero dejemos esto”. Dejemos París, y a quienes identifican su ombligo latinoamericano con la capital cultural del siglo XIX, una actitud que se enquistó en las elites que dificultaron el encuentro de “esta América” consigo misma.

Faltaba el crítico que reivindicara a los lectores, no de una manera demagógica, sino fundamentando su conexión a otros fenómenos convergentes. Es decir que la nueva generación de lectores que irrumpe en América Latina en las décadas del *boom*, como todo fenómeno profundo, no se producen de la nada. Tampoco el crítico capaz de comprender esa compleja concatenación surge por casualidad, en una época en la que abundaban:

las rocambolescas fantasías de quienes solo ven la mano de la CIA, o del Vaticano, o de Moscú, o de Casa de las Américas, o de la Academia Sueca, o del British Council, detrás de cada premio, de cada nueva edición, de cada traducción.

O sea, absténganse también los que solo ven entramados conspirativos. Hay que buscar nuevas maneras de empezar:

Hay que empezar por subrayar lo obvio: a partir de la Segunda Guerra Mundial, una nueva generación de lectores aparece en América Latina y determina (por su número, por su orientación) el primer boom de la novela latinoamericana. Es este un boom disperso, sin un centro fijo, nacional más que internacional en su desarrollo, pero que se produce (casi simultáneamente) en México y en Buenos Aires, en Rio de Janeiro y en Montevideo, en Santiago de Chile y en La Habana.

Claro que lo obvio, empieza a dejar de serlo cuando se amplía el foco y el autor traza las coordenadas por las que ingresan dos factores de la coyuntura geopolítica que crean el cauce para que esa nueva generación de lectores irrumpa y reconfigure el escenario hispanoamericano. Veamos el primero de ellos:

a) la guerra en Europa que trae a América Latina la fabulosa cosecha de españoles refugiados”, ya sea grandes escritores como grandes editores, “los que impulsarán una empresa editorial latinoamericana y darán lugar a un verdadero renacimiento cultural, equivalente al creado en la Italia del cuatrocientos por los humanistas que escaparon del cerco de Constantinopla.



Antes de pasar al factor "b", me detendré en subrayar el empleo efficacísimo del recurso comparativo, al relacionar el impacto de la migración de intelectuales españoles en Hispanoamérica en la cuarta década del siglo XX, con la provocada en Italia por el asedio a Constantinopla en pleno siglo XV. Me pregunto cuántos críticos había, no ya en Montevideo, sino en la región, con capacidad de poner en sintonía migraciones separadas por más de cinco siglos y por contextos culturales tan diferentes. Seguramente no muchos; tampoco abundan los que analizan los fenómenos locales y regionales en el marco de la construcción de esa larga estela cultural implicada en lo occidental.

Conviene entonces registrar aquí una **cuarta marca**, para identificar un método de análisis que no solo no desdén ni ignora, sino que incluye elementos de análisis de corte universal, de cualquier momento de la historia. Cuántas posibilidades de comprensión del pasado se nos pasan de largo por seguir a quienes nos inducen a pensar que nuestra historia empieza en 1810 o inclusive, aun, en 1492. Por múltiples razones, pero por esta en particular, Emir Rodríguez Monegal ha sido el discípulo más aventajado de José E. Rodó. Todo lo ocurrido en la vastedad de Occidente forma parte directa o indirectamente de nuestro ADN. La aserción deja de ser un mero juicio abstracto cuando se la aplica al laberinto de la historia, no ya como telón de fondo sino como el molde en el que cuaja el itinerario de lo que somos.

Cuando una mente de ese calibre se pone a pensar entran a raudales el mundo y la humanidad, el viento potente que desordena los papeles de las pequeñas maquinaciones aldeanas y obliga a recomponer el hilo. Emir desarticula de un plumazo los internacionalismos teledirigidos y estrambóticos, los reduccionismos estafalarios a la estrecha peripecia local, al introducir el sentido más profundo de la creación humana. Pero veamos el factor b:

b) el crecimiento demográfico e industrial de muchas de las grandes urbes latinoamericanas, crecimiento también fomentado por la guerra en la que América Latina casi no tuvo otro papel que el de proveedor de bases y materias primas para los aliados. La generación de lectores que se forma a partir de 1939 tendrá a su alcance más universidades y escuelas secundarias, más bibliotecas, más librerías y revistas, tendrá sobre todo, editoriales latinoamericanas que no solo traduzcan y adapten la cultura universal, sino que también fomenten la cultura nacional y latinoamericana.

Los dos factores que están en la base del *boom* y de la aparición de la nueva generación de lectores sin la cual no hubiera sido posible el *boom*, se vinculan a una guerra en la que la participación latinoamericana fue menor, casi inexistente. Es decir que el *boom*, cual *boomerang*, permitió que América Latina se mirara a sí misma. Y si bien ello induce a constatar un gran avance, no debería eludirse el duro mensaje de fondo: pudimos mirarnos a nosotros mismos porque se interrumpió el flujo de materiales que acostumbrábamos consumir, y que implicaba vernos a través del prisma de la mirada ajena. No se debió al músculo propio sino a la gravitación de factores aleatorios, ajenos.

Marca 5: De las revistas minoritarias a los suplementos masivos y una revolución cultural

El escenario regional empezaba a cambiar en términos históricos, y en forma correlativa emergía el interlocutor que esa nueva generación de lectores privilegiaba: el nuevo crítico que surgía con la ola de cambio y que anunciaba su aparición con una lectura novedosa, de una luminosidad tan potente, que parecía hablar de otra realidad. Pero era América Latina descrita en toda su turbulencia aparentemente indómita, despojada de toda hojarasca verborrágica, reconocible en la innovadora desnudez que articulaba los eslabones del hilo más explicativo. Esa que incluía una **quinta marca**, la de una historicidad nueva, en la que no acostumbrábamos incluirnos.

Una vez determinados los orígenes del *boom*, sigue establecer los desarrollos que posibilitó, qué cambios produjo la aparición de esta nueva generación de lectores. Como primer ejemplo circunstancial surge la mención de seis grandes escritores que irrumpen en el gran público entre 1955 y 1960 desde los tres países latinoamericanos de mayor peso político y cultural: Juan Rulfo y Carlos Fuentes en México, Jorge Luis Borges, en Argentina, hasta ese momento tenido como un escritor para minorías exquisitas que solo podía interesar a pequeños núcleos de *snoobs*; y en Brasil, el éxito de los novelistas del Nordeste, y en particular de Graciliano Ramos, José Lins do Rego y Jorge Amado.

Un segundo ejemplo de este impacto, es el de las revistas y publicaciones semanales:

A las revistas de tipo minoritario que eran características de los años treinta y cuarenta, y aun comienzos de los cincuenta –pienso en Sur (Buenos Aires) y en Contemporáneos (México), en Orígenes (La Habana) y en El Hijo Pródigo (México), en Babel (Santiago de Chile) y en Realidad (Buenos Aires), Ciclón (La Habana) y Número (Montevideo) [...] sucederán los semanarios o los suplementos semanales de periódicos de gran circulación: ¡Siempre! (México) o El Nacional (Caracas).

La aparición de revistas y suplementos culturales de difusión masiva fue claramente un fenómeno traccionado por la avidez de las nuevas camadas de lectores que empezaban a descubrirse a sí mismas desde la mirada de los nuevos autores. Pero el texto de Emir reserva las consideraciones más especiales para la revolución cubana a la que califica como “verdadera revolución cultural”. Veamos un poco más en detalle esta caracterización, ya que encierra una aparente contradicción como se verá más adelante. Empieza por ensalzar una revolución a la que escribe con mayúsculas, tal como les gustaba –les gusta aun– presentarla a sus epígonos, en uno de los párrafos más cargados de sentido de todo el texto:



A veces se olvida (involuntariamente, tal vez) que el triunfo de la Revolución Cubana es uno de los factores determinantes del *boom*. Lo es por la mera fuerza de las circunstancias políticas que proyectan, de golpe, hacia el centro del ruedo político internacional a la pequeña nación de nueve millones de habitantes y, con ella, a un continente olvidado de doscientos millones [...] Pero, además, el gobierno de Fidel Castro asume una posición cultural decisiva y que tendrá incalculables beneficios para toda América Latina.

No solo atribuye al gobierno de Castro "una posición cultural decisiva" (vale recordar que cuando Emir escribe este artículo, ya esa misma revolución lo difamaba con la sibilina práctica del rumor como "agente de la CIA"), sino que cifra en esa misma revolución, la capacidad determinante del *boom*, es decir, una suerte de condición sine qua non. Es que el concepto decisivo en este tramo, más aún que los dos mencionados, consiste en la afirmación de fondo de que "la fuerza de las circunstancias políticas" proyectó "de golpe", vale decir de manera súbita, repentina, "hacia el centro del ruedo político internacional a la pequeña nación de nueve millones de habitantes y, con ella, a un continente olvidado de doscientos millones".

Con frecuencia suele pasarse por alto la significación que cobró la novedad del proceso político que irrumpía, pleno de promesas e ilusiones altonsonantes que durante un relativamente breve período lograron ocultar –la propaganda estalinista tenía ya vasta experiencia en la propaganda política de masas– el horror de sus métodos. Pero la disrupción del proceso cubano introdujo un factor de desajuste que por un lado produjo un efecto "cultural" momentáneo por el propio cambio inercial, mientras por otro, ampliaba el radio de interés del mundo en una región "olvidada". En síntesis, para decirlo de una manera pragmática, la revolución cubana produjo un efecto de ampliar el mercado para los escritores latinoamericanos.

El impacto de esta política cultural a escala hispánica no deja de sentirse en todo el continente, y aun fuera de él. Marcha, por ejemplo, recibe un impulso extraordinario del ejemplo cubano y se convierte en uno de los órganos de difusión y ampliación de una política cultural revolucionaria que está reducida en su influjo por el bloqueo [...] Hay aquí un *boom* indiscutible, el primero que valga la pena examinar: el *boom* de la literatura latinoamericana (y no solo de la novela), promovido por un pequeño país sitiado pero apoyado, ampliado, difundido por la izquierda intelectualmente poderosísima de todo un continente. Sin este *boom*, el otro, el que todos comentan, tal vez no hubiera llegado a ocurrir, o no habría tenido la misma repercusión.

Es decir que, sin el *boom* de la revolución, no hubiera habido *boom* editorial, no al menos del mismo modo. Es que la revolución cubana fue algo así como un despertar equivocado, el anuncio de la promesa de un paraíso que no ocurrió, pero que en un primer prolongado momento impactó por igual

en enormes masas pauperizadas y desesperanzadas y en ciertas elites cultural y políticamente acriticas. Las cosas ocurrían de modo tan contradictorio, que el propio artículo de Emir da cuenta de ese transcurrir desconcertante a partir de hechos ocurridos entre el 67 y el 72 y que el propio Emir, como protagonista de la primera fila, detecta y anota casi a modo de inventario; son hechos constitutivos del viraje que anunciaban.

Una vez más, el análisis de Emir era una rareza en una América Latina que se dividía, entre los críticos para los cuales la revolución cubana era todo lo que estaba bien, frente a quienes opinaban lo contrario. Emir fue el raro, capaz de entresacar y discernir por debajo del impacto del meteorito, sorprendente como todos los meteoritos, lo útil de lo inútil y aun de lo perjudicial. Es otra de sus genialidades, la de poner de manifiesto, sin prejuicios, méritos y deméritos, e incluso precisarlos con la foto movida de todo proceso en curso, a través de los “casos” de figuras emblemáticas como Guillermo Cabrera Infante y Heberto Padilla.

Marca 6: La convergencia de Franco y la revolución cubana

Nuevas sorpresas: solo una mente muy abierta puede encontrar puntos de contacto entre dos fenómenos aparentemente tan distantes (¿tan distantes?) como Franco, el aliado de Hitler, y la revolución cubana, heredera de Stalin, pero hay que recordar que precisamente el objeto de este artículo es seguir el método de Emir, y ya se ha señalado el papel de las interrogantes propias. Cuando el hilo que se sigue es autónomo, es decir, auténticamente propio, y por tanto independiente de prejuicios, no puede haber –o es muy difícil que las haya– rupturas epistemológicas. Si la estrategia argumental fluye con honestidad, lo hará incorporando factores pertinentes, sin excluir nada de lo que pueda aportar a la explicación final, pero también sin incorporar nada que no sea funcional a la honestidad del trabajo metodológico.

Por un lado, detecta que la España de Franco impulsa objetivamente el *boom* porque necesita “rescatar el mercado hispanoamericano del libro que había dominado por completo hasta 1936 y que, a partir de esa fecha, pasó a ser controlado por editoriales mexicanas y argentinas, sobre todo”. Recién ascendido al poder, al franquismo le interesa el mercado latinoamericano. De ahí el papel jugado por sus editoriales, entre las cuales se menciona paradigmáticamente a Seix Barral como la que mejor aprovechó las circunstancias, y en particular su Premio “Biblioteca Breve”, que en 1962 ganó Vargas Llosa, en 1963 Vicente Leñero, en 1964 Guillermo Cabrera Infante, en 1967 Carlos Fuentes y en 1968 Adriano González León, hasta que sobreviene un proceso de rupturas internas en la editorial, que viene a ser la expresión de los primeros nubarrones. Empezaba la sintonía fina:

la lista de premios hispanoamericanos podría haber sido aun más larga si el jurado de Seix Barral no hubiera creído necesario preferir en algunos casos una novela española de mérito sin duda menor, como *Algunas tardes con Teresa*, de Juan Marsé, a un libro verdaderamente renovador como *La traición de Rita Hayworth*, del argentino Manuel Puig.

De cualquier manera, el balance es significativo, porque "a través de estas ediciones, subvencionadas por la política de exportación del gobierno de Franco, el escritor latinoamericano alcanza un público hispanico más vasto que el que obtienen por lo general las ediciones no subvencionadas de América Latina". Ni más ni menos que el decisivo factor económico que aporta la escala, algo que solía estar ausente en los análisis culturales de la época.

De la narración de Emir sobresale ese momento de ruptura del año 1967/68. Es decir que el *boom* jugó su rol fermental en la América Latina desacostumbrada a mirarse a sí misma, mientras todos los motores funcionaban en plena convergencia: los nuevos lectores, el franquismo recuperando su mercado hispanoamericano y la revolución cubana mientras revolucionaba; digamos entre los 50 y fines de los 60. Después, otros vientos soplarían en la batalla que se iba a librar en la propia pista surgida del *boom*: las revistas y los suplementos culturales.



El cortocircuito en la vida y en las revistas

La narración de Emir había desplegado los diferentes elementos que en su contraposición anticipaban la colisión. De modo que cuando se avizora el final más conclusivo, el subtítulo anticipa el escenario en que se dilucidarán las contradicciones planteadas: "la batalla en las revistas", que en la década de 1960 eran como las redes y plataformas de hoy, el ámbito de la circulación de las ideas y los debates posibles.

"Para entender el alcance de esta difusión a nivel continental y que tiene como focos Cuba y España, hay que recordar que en cada país de América Latina existen focos más pequeños, a veces minúsculos, pero de orientación similar". Emir menciona dos de los focos que alcanzaron proyección continental: *Marcha* y *Primera Plana*; y esta probablemente, hasta haya sido la introductora del término *boom*. De hecho, dice, "es tal vez la publicación que mejor populariza la vendida onomatopeya". Y a continuación introduce un elemento para entender la batalla que va a contar:

La definición del diccionario [...] deja bastante claro la promoción a la vez económica y política que la palabra *boom* implica. [Y agrega:] Tal vez sea por esto que los puristas del lenguaje (que están dispuestos a aceptar otras onomatopeyas) se escandalizan por los sórdidos orígenes de esta palabra.

También los políticos se escandalizan porque la palabra deja demasiado a la vista los mecanismos de poder que ellos tienen tanto cuidado en ocultar.

Ni la palabra *boom*, ni el propio *boom*, conceptualmente hablando, satisfacía conceptualmente a todas las partes. América Latina entraba en una transición que se anunciaba en la lúcida escritura de Emir, pero era muy evidente que en la década de 1970 ya no era el “continente olvidado”, sino una especie de polvorín en el que se iba a cebar la guerra fría para alentar y acen-tuar sus propias antinomias.

Primera Plana “está ligada a fuertes intereses económicos argentinos e internacionales de derecha; su actitud frente al gobierno argentino (o a los sucesivos gobiernos argentinos) ha sido de crítica liberal, lo que le ha valido alguna vez la suspensión y hasta el cierre. Pero las secciones literarias han sido siempre (esto es bien característico de la prensa capitalista latinoamericana) mucho más de izquierda. Hasta cierto punto, Primera Plana tuvo, por lo menos hasta 1968, una línea cultural consistente con la promovida desde La Habana.

Curioso mundo aquel de América latina en los 60 y 70, con matices destinados a pasar inadvertidos de no ser por la intervención de un método neutral que los pondría de manifiesto fuera de toda previsión. Primera Plana solía tener problemas por derecha, si lesionaba los intereses del poder argentino de la época; y tenía problemas por izquierda cuando, por ejemplo, se atrevió a publicar un reportaje a Cabrera Infante (30 de julio, 1968) en que el polémico novelista se despachaba con desparpajo sobre la Cuba de Fidel Castro. Obsérvense los matices de un método para el cual también las cartas de los lectores en las revistas culturales formaban parte de los asuntos del *boom*.

Para entender la importancia de esta publicación hay que recordar que ya entonces la línea oficial cubana, y de todos los que la respetaban, era el silencio total sobre *Tres tristes tigres* y su autor. Por haberse atrevido a romper ese silencio en *El caimán barbudo* (La Habana, 1968) tuvo ya entonces Heberto Padilla un anticipo de lo que en 1971 sería un caso célebre. Pero si Primera Plana se atrevió a publicar el reportaje a Cabrera Infante, también se atrevió a publicar un considerable número de cartas de escritores latinoamericanos que acusaban al autor cubano de toda clase de crímenes.

Y atención que ahora viene munición gruesa:

Otras publicaciones de los años 60 acompañaron y hasta trataron de orientar el *boom* hacia un terreno más puramente crítico. Quisiera hablar de una de ellas, Mundo Nuevo, aunque me comprendan las generales de la ley por haberla fundado en París, julio, 1966, y haberla dirigido hasta el número 25 (julio, 1968). En su intención, no sé si en su realización, Mundo Nuevo se propuso entonces organizar y difundir a escala internacional

una visión crítica de la nueva literatura latinoamericana. La empresa resultó difícil si no imposible por varias circunstancias. La principal, a mi juicio, por la negativa de los escritores cubanos, y de los latinoamericanos más cercanos a ellos, a colaborar en la revista. Aun antes de haberse publicado el primer número circularon desde La Habana manifiestos en contra de nuestra revista. La acusación de ser un órgano pagado por la CIA (y no por la Ford Foundation, como así era) fue reiterada infatigablemente, aunque sin aportar pruebas. Hubo un boicot previo, y ese boicot continuó hasta el último número que me tocó dirigir.

Y aquí **la séptima, la marca de las marcas**, bajo el subtítulo "La batalla en las revistas", y cubriéndose porque en lo que va a contar lo comprenden "las generales de la ley", Emir aporta el dato quizá más potente del artículo, sin subir el tono, como si refiriera al actor remoto de un país no menos remoto de esta América. Como al pasar menciona que su revista y él mismo, fueron boicoteados nada menos que por el poder cultural en ascenso que representaba la Revolución cubana en 1968. A sus 47 años, el poder cultural de mayor influencia en la región lo demoniza. Recuérdese, porque el dato no es menor, que los suplementos culturales de los principales diarios latinoamericanos seguían posiciones de izquierda, o al menos trataban con enorme respeto a una revolución que recién empezaba a mostrar su hilacha estalinista. Se empezaba a instalar la atmósfera cultural que aun hoy, ya con dos décadas del siglo XXI, prevalece.



No era una batalla limpia, sino guerra sucia. Tardaríamos en comprenderlo, el mundo occidental de los jóvenes de 1968 emitía mucho ruido desde las principales capitales del mundo, mientras Emir encendía sus luces amarillas sin demasiados aspavientos, solo para que quienes quisieran entender, entendieran, quizá décadas más tarde.

Conclusiones – Descubrir América por el *boom*

Esta América, como le gustaba llamarla a Emir, era un "continente olvidado" aun para sí misma. Ha tenido escritores inmensos que le devolvieron su mensaje hecho literatura, para interpretar. Y también abundaron entre nosotros, quienes la pensaron desde moldes y categorías ideológico-políticas preexistentes, que nos hablaban más de sus autores que de la materia que pretendían abordar. América Latina era un enigma, para el mundo y para los propios latinoamericanos, pero evidentemente en el *boom* hubo una inflexión.

La perspicacia para advertirlo y ponerlo de manifiesto, le otorga a Emir y a su obra un carácter impar. Es el legado de Rodó, quien a su vez lo continuaba del argentino Juan María Gutiérrez (1809-1878). He ahí un hilo inteligible

de la visión latinoamericana por antonomasia. Toda la obra de Emir se impregna en la búsqueda más o menos explícita, de lo que él dio en llamar “lo auténtico latinoamericano”, esa síntesis que podría dar cuenta de una de las explicaciones plausibles de lo que somos. Es esa vocación la que lo llevó a hacer este análisis del *boom* con los resultados metodológicos anotados.

El diagnóstico de Emir acerca de “esta América”, es que la región sigue siendo como el *boom*, un conjunto de pedazos desarticulados, un sinfín de expresiones desperdigadas, que de algún modo continuaron la impronta de sus conflictos fundacionales y en los que los pocos intentos de reunirlos cayeron uno tras otro ya en el vacío, ya en la imposibilidad operativa de reunir lo diverso. Pero si algún texto demostró estar en ese camino, seguramente sea el aquí analizado, uno de los escasísimos ejemplos que intentó la omnicomprensión de un fenómeno que sigue escapando a las visiones sesgadas.

La América Latina que emerge de esta narración es única, potente en su originalidad, lúcida en su administración de las antinomias, flexible en sus vías de orientarse hacia el futuro. Mientras todos hablaban del *boom* por hablar, algunos para llevar agua a su molino, otros para seguir practicando el juego sexy de citarse entre sí y reproducir la nada, u otros lo despreciaban por su fuerte aroma comercial, aparece un raro que no antepone su ego a lo que analiza, uno que de verdad cree que en “esta América” hay ese algo que justifica toda búsqueda, que procura entender y decir, en serio, lo que cree que pasa, y en once páginas desata un oleaje que provoca el naufragio de tanto intento explicativo burocrático.

La sucesión de marcas establecidas, debería ser suficiente para advertir el apremio inexorable que debía sentir sobre sí, el alto comisariato ideológico, al verse absolutamente superado y rodeado por la creatividad impredecible de un investigador todoterreno, sin prejuicios ni ideas preconcebidas.

- Hablar en serio, solo cuando se tiene algo para decir
- Seguir las interrogantes propias
- Relevamiento de datos empíricos; de hechos demostrados y/o demostrables
- Universalidad
- Historicidad
- Excluir o minimizar la autorreferencia aun cuando se trate del ataque más despiadado

Por eso descorrer el velo que vela su producción no puede ser sino un bienvenido intento de reubicar las piezas en una partida en la que el viejísimo



orden amenaza desde hace un siglo con el jaque mate. Incluso es probable que en este homenaje se anoten varios –y hasta quizá sean mayoritarios– de los defensores e incluso coautores del velo. Saben que en definitiva el peso discursivo lo tiene la atmósfera cultural que es parte de la larga duración. Pero seamos positivos, apostemos a que algunos jóvenes de lo por venir rescaten sus textos y adviertan que no todo era unanimidad burocrática en la aldea de pensamiento directriz largamente enfeudado.

Cuando uno se topa, sobre todo si lo hace por primera vez, con textos de ERM, parece chocar contra la dureza de lo inhabitual. Allí donde se advierte por qué la mayoría de quienes escriben, buscan aterciopelar o amortiguar, e incluso desviar lo que deberían ser las conclusiones lógicas de sus desarrollos, allí es donde ERM alcanza su perfil más definido, el de quien piensa sin anteojeras ni cortapisas o rupturas epistemológicas.

Nadie más distante del adocenado intelectual orgánico, del intelectual predecible que dirá lo que sus límites le autorizan, que alguien como Emir, que aborda un tema del que todos hablan y descubre una América de la que no se habla, y a la que pocos, muy pocos han osado imaginar.

.....

